

La familia actual

Sólo descubriendo al padre, al adulto y al niño que llevamos dentro podremos dar la palabra a los otros sin olvidar que las preguntas de un niño enseñan mucho, las razones de un adulto pesan mucho, y los silencios de un padre indican mucho.

.....
Carlos Díaz

Miembro del Instituto E. Mounier.



1. Carácter evolutivo de la institución familiar

Los seres humanos, dado su carácter sociable por naturaleza, tienden a agruparse. Al principio convivían en grandes colectivos, hordas, equivalentes a las manadas de animales; la tendencia a la diferenciación fue haciendo adelgazar esos grupos, que se convirtieron en tribus, unidades más pequeñas dentro de las cuales a su vez se establecieron diversos clanes, con sus correspondientes patriarcas o matriarcas, hasta llegar en la larga marcha de la humanidad a la formación de unidades separadas (de monoendogamia estable) compuestas por un hombre y una mujer, con su correspondiente progenie, descendencia, o prole. Este proceso genérico no impide la existencia actual en diversas latitudes de la tierra de unidades de agrupación familiar más complejas y polimorfas según el hábitat, la tecnología, etc., tales como la poligamia y otras (aunque la poligamia con crisis económica aguda no parece demasiado funcional).

Sin embargo, allá por la década de los sesenta (mayo del 68, movimientos *underground*, hippis, etc.) la crisis de la institución familiar se tradujo en un intento de volver a los orígenes remotos y comunales de familia colectiva (comunidades) tanto urbana como rural, que —al menos en teoría— buscaban acabar con el poder patriarcal del varón cabeza de familia, reinstaurar el amor libre entre sus componentes, promover la educación mancomunada de los hijos, rotar en las faenas domésticas, etc. Lo curioso de esta fugaz experiencia es que reprodujo ella misma precisamente en su fracaso lo que había constituido la larga evolución de la humanidad, a saber, que de los grandes grupos fueron desgajándose nuevamente parejas hasta restablecer lo que había querido suprimirse: la monoendogamia estable misma.

2. La familia inextensa actual

Sea como fuere, en el momento actual la familia occidental ha sufrido varias crisis de adelgazamiento, al menos cuatro importantes y simultáneas que amenazan con llevarla a la anorexia.

CRISIS DE LA FAMILIA

2.1. Reducción de la estabilidad

Para quitar solemnidad amorosa a la relación, un cúmulo de teorías de corte zoológico están emergiendo. Según un reciente estudio realizado por una antropóloga, Helen Fisher, las relaciones de pareja están programadas genéticamente para que se autodestruyan al cabo de cuatro años: «los genes les dicen a las mujeres que los hijos engendrados por distintos hombres presentan mayor diversidad genética y tienen por tanto más posibilidades de sobrevivir; por eso, el hombre suele echar alguna cana al aire estando casado, pero, por lo general, es la mujer quien cambia de compañero y establece una larga cadena de periodos de monogamia. Las sustancias químicas que libera el cerebro y que hacen que nos enamoremos se agotan al cabo de 36 meses, y por lo general las mujeres tardan en darse cuenta de este cambio un año, buscar otro compañero, y poner fin a la relación. No creo que esto sea algo que deba sorprendernos; prácticamente ningún otro mamífero permanece cuatro años con el mismo compañero». Y Helen Cronin sentencia: «los hombres están genéticamente predispuestos a detectar la infidelidad, pues este comportamiento reduce sus posibilidades de transmitir sus propios genes: esto se manifiesta en los celos que muestran muchos de los varones.¹ Mary Macloud, directora del nuevo Instituto de la Familia creado en Inglaterra por el gobierno de Tony Blair, añade: «Habría que ver el matrimonio con la mente fría, como una asociación o una empresa».

¿Será por todo eso por lo que, por cada dos bodas que se celebran hay un matrimonio que se rompe?² Entre 1990 y 1997 las separaciones y divorcios han aumentado un 50% según datos del INE, y la tendencia creciente continúa. Ocurre además que, mientras las rupturas aumentan, las bodas disminuyen.

Los que se casan pasan cada vez menos por la vicaría y más por el juzgado: los matrimonios civiles superaban en 1996 el 23%, frente al 19% que representaban en 1990.

2.2. Reducción de los componentes

En el Occidente rico la actual familia es *inextensa*, hasta el extremo de que los hogares con tres o más hijos son considerados en ciertos países familia numerosa. Las parejas sin hijos entre 1990 y 1997 han subido un 9,4%, y los hogares con papá, mamá y dos retoños han bajado por contra un 12,2%. La edad media de entrada al matrimonio va en ascenso, y en 1996 superaba ya los 30 años para los varones y alcanza casi los 28 para las mujeres. Desde 1995, la mayoría de los bebés que nacen en España lo hacen de mujeres que tienen entre 30 y 40 años. Estas madres maduras han desbancado a las de entre 25 y 29 años, que eran tradicionalmente las más abundantes.

La nueva distribución de edades según la psicología evolutiva de Occidente queda así, a tenor de los cambios psicosociales: preadolescencia, 12/14 años; adolescencia, 15/17; juventud, 18/24; posjuventud, 25/29; tardojuventud, 30-35.

Además, España es un país que envejece a marchas forzadas: en 1990 había 1,5 menores de 20 años por cada mayor de 59; siete años después, la proporción se había igualado y el número de jovencitos ya igualaba al de sexagenarios y personas de más edad.

Junto a eso, la familia parental ha desaparecido, al menos en las grandes ciudades, ya que con mucha frecuencia apenas se tiene relación con tíos, primos, etc.

Obviamente todo esto se traduce en una nueva configuración de la psicología infantil (un niño sin hermanos o con hermano único tiene una percepción de la realidad relacional y del aprendizaje social significativo muy distinto al de un niño de familia numerosa).

2.3. Reducción de los espacios domésticos

Asimismo los espacios se han achicado. Dada la carestía de la vivienda, el recinto familiar se angosta más y más, con lo cual se producen situaciones nuevas hasta hace unas décadas impensables, no siendo la menos preocupante de ellas la ausencia de espacios domésticos donde los ancianos puedan ser cuidados, con la consiguiente escasez de residencias, asilos, etc. para la tercera edad.

La progresiva ausencia de los abuelos de los hogares tiene a su vez consecuencias importantes en lo relativo a la afectividad, al faltar la perspectiva de otra generación, con su correspondiente sabiduría de la edad.

De todos modos vuelve a revalorizarse el papel de los ancianos por dos motivos, más o menos prosaicos: el primero, su aportación ganancial (en ocasiones es el único ingreso familiar) a cargo de la seguridad social, por pequeña que fuere; el segundo, la labor de suplencia de maternidad o paternidad en los hogares monoparentales en crisis.

2.4. Reducción de los tiempos de relación

La tercera reducción, quizá la más conflictiva, es la derivada de la incorporación de los padres al trabajo, traducida en una disminución de la presencia *cara a cara*. Ejemplos: En Norteamérica los padres hablan poco más de dos minutos al día con sus hijos sobre cuestiones interpersonales; en Alemania los «niños-llave» abren y cierran puertas sin que asome rostro familiar alguno; en España los niños ven la televisión cuatro horas diarias mientras sus padres están fuera o se dedican a otras cosas; los hogares rotos se traducen en grandes soledades infantiles, etc. En este marco se impone el tipo de niño —estudioso o no— que cada vez pasa más horas en su habitación en solitario y menos con su escasa familia, en-

señoreándose de los hogares y de las ciudades una especie de «demiurgo burocrático» o de sociedad fría, más y más burocratizada, más y más apática ante la llamada del otro.

Dentro de este punto hemos de añadir algo, muy reciente: el tiempo de los padres y el de los hijos se divide en dos: de lunes a viernes y de viernes noche a lunes. El primero es el tiempo diurno del esfuerzo desahogado laboral (padres) y estudiantil (hijos), es el tiempo de Mr. Hyde; el segundo es el tiempo nocturno de la evasión (padres) o de la descarga «a tope» (alumnos), es el tiempo del Dr. Jekyll. También aquí vuelve lo griego: apolíneo, olímpico y racionalizado por un lado, dionisiaco, któnico y báquico por otro. No sería un desafío decir que esta ruptura entre ambos tiempos señala la esquizofrenia del hombre actual. Ni tampoco añadir que la educación pastoral se lo va a jugar todo en los fines de semana (lo irregular), no en los días laborables (lo regular), debiendo desplazar el acento hacia los primeros, si quiere regularizar lo más importante hoy, lo irregular.

2.5. Reducción de la normatividad axiológica

Por último, dado el relativismo y el clima de apostasía, se produce un «politeísmo axiológico» donde los padres apenas proporcionan escalas de valor. Esto facilita una cierta forma de «tolerancia» de baja calidad porque no es sino indiferencia relativista donde cada cual hace lo que más o menos le da la gana; por otro lado esta ausencia de hondura en la formación moral resulta peligrosa cuando la gente se mueve a impulsos de sentimientos y de emociones a flor de piel, con bruscos cambios de opinión.

Dicha ausencia de normas compartidas, dicha *anomia*, se agrava en ocasiones cuando los padres critican comportamientos (por ejemplo, el comportamiento del gobierno en el caso GAL) que sin embargo aplauden en su fuero interno, doble contabilidad frecuente.

Y mientras tanto ahí está la omnipresente televisión para ir dejando caer cada día mensajes y más mensajes que al final terminan creando opinión y normalizando maneras de pensar (llamémoslo así) aberrantes; no es exacto, pues, que no existan normas familiares comunes, pero quien las dicta no son los padres sino la omninormativa televisión, cuantos más canales más de lo mismo (violencia, enriquecimiento fácil, corrupción, sexismo, etc.).

Son los hijos de Tele, la tele es madre y maestra. Como dice Javier Elzo, la TV es cada vez más un puro negocio y presa de la dictadura de la audiencia: el vulgo necio lo paga y se le sirven necedades; el vulgo, causa y efecto de lo vulgar, causalidad circular. Esto explica que los programas, con tal de lograr más audiencia, recurran al histrionismo, al esperpento, a la ordinarietà y a la horterada. Más

allá de los programas de violencia, sexo y drogas, los programas generales de entretenimiento fomentan el morbo, la sensiblería, la mundanidad de famosos y famosas. Todo se convierte en espectáculo. Las gentes invierten emocionalmente en historias que no les competen.

Esta situación es también fuente de desigualdad y distanciamiento social. Por un lado están las personas que leen prensa nacional e internacional, prensa especializada, etc. (pertenecen a la «sociedad del conocimiento»); por otro los clientes fijos de los grandes culebrones, de las series de entretenimiento, de las zafiedades pseudoeróticas, etc. (la tele, socialización del desconocimiento). Estamos ante uno de los factores más potentes de la nueva dualización social y uno de los mayores riesgos para la democracia en el futuro. Y los jóvenes ven mucha tele, no se olvide.

3. La crisis de la familia posmodernizada: una crisis que no es vivida con conciencia de crisis ¿es crisis?

La solidez de la familia tradicional se ha resquebrajado, quedando de relieve, tras su fachada de solidez, su real fragilidad. Su fuerza como institución patriarcal está cediendo ante una nueva fulguración histórica: un matrimonio basado en la relación voluntaria entre dos personas en igualdad de condiciones, no protegido por ninguna otra cosa que no sea esa sola relación voluntaria. Esto deja a la intemperie al matrimonio, que pasa a ser de este modo una institución frágil, cada vez más en vías de fuerte desinstitucionalización.

Esa relación voluntaria, cuyo soporte es la voluntad, y por tanto la pasionalidad, padece por eso mismo los embates de la inestabilidad, pues el querer con frecuencia queda reducido al gustar y al desear epicúreo, con escasa o nula predilección por el querer que surge de una voluntad disciplinada y reflexiva, kantiana.

Así las cosas, en lugar de la institución se abre paso fuertemente lo neorromántico, lo íntimo e intimista, sacralizado realmente (tenido por forma secular de lo sagrado) la recuperación de la privacidad, de la «vida privada» como terreno exclusivo de la soberanía de los individuos cuando se trata de buscar la propia felicidad. Cedido el terreno de lo social al Estado, distendida en Europa la lucha de clases en el nuevo marco de la globalización, queda la alcoba como recinto de soberanía: monoteísmo de Estado y politeísmo de alcoba; la alcoba se convierte en museo de todos los dioses, y su único límite es el juzgado, la denuncia por los males tratos, etc. El juzgado para dirimir causas penales, más que para establecer uniones matrimoniales, jueces de paz para situaciones de guerra.

CRISIS DE LA FAMILIA

No en última instancia la fragilidad de la pareja posmoderna deriva del reconocimiento del «derecho a equivocarse», lo cual es un hecho cada vez más frecuente en una sociedad de contactos múltiples e inestables, y donde el matrimonio tiende a apoyarse exclusivamente sobre la mutua atracción subjetiva, sobre las gratificaciones sentimentales que a veces se muestran incapaces de resistir la menor prueba, sobre todo porque formar pareja se considera una empresa fácil, apoyada en la banalización del sexo, con sexualidad anticipada y creciente que para muchos es equivalente al matrimonio y que en todo caso ignora las dificultades de la ulterior convivencia, y que estima poder subsanar el primer error con un segundo ensayo, ya más maduramente reflexionado.

También la familia ve cómo se aumenta en su interior la flexibilidad y la tolerancia posmoderna, el relativismo de los vínculos. Tradicionalmente, las innovaciones se producían en sectores marginales; hoy no proceden de la periferia, sino de los sectores privilegiados con capacidad de articular demandas.

En este horizonte tienen cabida muchos modelos de familia, lo que se ha denominado pluralismo de hogares o de cohabitaciones. Algunos ejemplos: varón sin hijos y transexual; madre separada e hija, con hombre separado e hijo; lesbiana con dos hijos y lesbiana con tres hijos de anteriores matrimonios, pareja lesbiana con hija inseminada, monogamias breves que equivalen a poligamias sucesivas (además, la poligamia sincrónica gana adeptos en países como Suecia), matrimonios abiertos, de parejas múltiples, uniones sin formalización jurídica religiosa ni civil (nupcialidad descendente), etc., todo lo cual produce una situación donde una larga vida monogámica empieza a ser una rareza en la sociedad actual. En resumen, en este ciclo se camina hacia la cohabitación como sustituto del matrimonio, y no como su fase preparatoria.

Esto no impide entrever ya una tendencia de búsqueda del celibato como opción temporal, con desarrollo de modos de vida alternativos: habrá ciclos de vida familiar y un cierto nomadismo; por tanto, a la pregunta ¿«soltero o casado»? probablemente se pueda responder «soltero y casado», del mismo modo que el hamletiano «ser o no ser» ha dado paso al «ser y no ser» de lo lábil, lo indefinido, lo multiforme, lo aleatorio y lo proteico.

Si además tenemos en cuenta el alargamiento de la existencia, nos vamos fácilmente a encontrar con varios matrimonios en una sola vida, de forma que va a reverdecir sus laureles la vieja cuestión saducea formulada a Cristo respecto a la resurrección: «Había entre nosotros siete hermanos, y el primero, después de casado, murió, y como no tenía prole, dejó su mujer a su hermano; asimismo también el segundo y el tercero, hasta los siete.

Posteriormente a todos se murió la mujer. En la resurrección, pues, ¿de quién de los siete será la mujer? Pues todos la tuvieron».³

Es la posmodernización de las formas de convivencia en un mismo hogar, donde el ajuste emocional prima sobre la natalidad, la empatía sobre la tradición, el sensacionalismo sobre la evitación del escándalo, y donde las relaciones entre los cónyuges y sus hijos se hacen menos asimétricas.

Todo esto se vive no sólo desjuridizadamente, sino desmoralizadamente, sin conciencia de que eso está mal, sin noción de pecado, pues la religión y el pecado no entran en juego ahora, antes al contrario, pues la coherencia entre «ser» y «decirlo» se ha visto reforzado por el exhibicionismo publicitario de lo escabroso, de lo degenerativo y escandaloso en los medios de masa. Más aún, del serlo al decirlo se ha llegado al «del decirlo al constituirlo»: del decirlo ser, al serlo. Resultado: a poco que uno se descuide, verá telefamilias (no se olvide que la telefamilia crea familia) convertidas en circo con mujeres-hembra, con malvadas brujas (seductoras fracasadas o frustradas, resentidas, con histeroviriles o supermachos que golpean y prostituyen, con divogénitos rebeldes o huérfanos culturales, sin modelos de identificación y hondamente desestructurados, que tienen conciencia de ser distintos, únicos, divinos, mesiánicos, creadores y heroicos, los cuales, en el terreno de la sexualidad, son los homosexuales uránicos, que contemplan su diversidad como gloria y superioridad sobre el resto de los mortales, etc. De la hipocresía por defecto hemos ido pasando a la hipocresía por exceso: lo que falta en realidad se suple en espectacularidad, lo que falta en racionalidad se suple en ruidosidad, una vez borrados los límites entre lo normal y lo anormal, lo nómico y lo anómico, y donde no caben previsiones idealtípicas, porque se camina hacia lo multimodélico: menú familiar a la carta, nada se publicita como más antinatural que la ley natural, ahora que se ha hipertrofiado la pregnancia de lo cultural-diferencial.

Sin embargo, esta plurificación de la oferta no parece tan fácilmente asumible, al menos en estos primeros envites, pues no todo es natural, produciéndose todo tipo de quiebras y hundimientos: familias de desapego, familias incapaces de simbióticas, familias desarraigadas, familias nominales, etc., con una gran cantidad de problemáticas en cuanto a las respuestas emocionales: ansiedad, negación, conspiración de silencio, sobreprotección, infantilización, aislamiento social (permanentemente dependiente del niño problema, carga familiar), incertidumbre, sentimiento de culpa (¿esta culpa, de quién es?), sentimiento de incapacidad, etc.

Todo lo cual se traslada a la escuela, en donde los maestros a su vez, por ser como los padres en bastantes

Compartir la autoridad, aprender a exigir y aprender a perdonar, hablar, leer en común, todo eso en torno a una mesa cada día, o a la caída de la tarde, un rato de palabra y de silencio, todo eso hace familia...

ocasiones, pueden hacer poco por mejorar la situación. De ahí las recomendaciones de psicopedagogos de apoyo, rehabilitadores sociales, etc., cuya cantidad se ha visto incrementada considerablemente en los últimos años: informar sobre la realidad, asumirla, implicación de todos los miembros (participación: lo metético, no lo mimético), servir de apoyo, permanecer unidos frente a la adversidad, fomento de ayuda mutua, pertenencia, etc.

4. El hijo de la familia posmoderna, o poshijo

4.1. El poshijo

En un mundo en mutación, los hijos tampoco se obligan a un solo estilo de nada; pueden probar y cambiar, todo es de usar y tirar.

En este contexto, también hay información para usar y tirar, exceso de información (polución que embosca) sin serenidad, ni recogimiento para ordenar o pensar lo recibido, o la legitimidad de lo conocido: es el conocimiento como mercancía, sin la jerarquía de los saberes.

Como ha dicho mi buen amigo Javier Elzo, ninguna generación ha sido nunca tan autónoma, con un horizonte menos predeterminado, más abierto. Estamos ante la generación juvenil que más medios materiales y recursos culturales y formativos tiene de toda la historia. También la generación que en mayor grado depende de sí misma para construir su universo de valores, sus proyectos de vida, su vida misma. Son padres que ponen en práctica la neutralidad axiológica, porque ellos mismos no tienen propuestas diferentes (no son tolerantes, pues): «mis hijos escogerán lo que mejor les parezca cuando sean mayores».

Nota: Los jóvenes se llevan bien con su padres,⁴ aunque discutan con ellos, por orden descendente de importancia, por culpa de: la no colaboración en los trabajos domésticos, la hora de llegar a casa los fines de semana (su límite es el cuerpo, lo que el cuerpo aguante, y no entienden ninguna otra razón), los estudios, el dinero, la hora de levantarse, pasarse con el alcohol, los amigos que tienen, y ya en un escaso margen, y para un escaso 5% de los jóvenes, por temas políticos y religiosos).

Si la familia es lo primero, ¿para qué tanto esfuerzo educativo en refortalecerla? ¿Para qué reforzar una familia tribalizada, clánica, en el interior de las nuevas retribalizaciones nacionalistas?

Siendo anómica la actual familia, lejos de apuntalarla hay que cristianizarla. Ese es el reto: no educar *para* la familia, sino educar a la familia, en dirección nómica y teocéntrica.

Nota: La nueva Iglesia, la que practica la nueva presencia social y la nueva caridad, son las ONG, y la vieja Iglesia no.

Como dice Javier Elzo, los actuales jóvenes invierten afectiva y racionalmente en los valores finalistas (pacifismo, tolerancia, ecología, etc.), a la par que presentan grandes fallos en los valores instrumentales (esfuerzo, responsabilidad, compromiso, abnegación, trabajo bien hecho), todo ello sin que les cueste un duro, antes al contrario, subvencionadamente y sin levantarse del sillón, sin riesgo, con actitudes *light*, son los jóvenes consentidos.

4.2. El posalumno

Por el mismo motivo se da una gran falta de disciplina, crisis de autoridad: familias desestructuradas, necesidad de apoyo psicológico, etc.

Derivadamente, y como resultado de la universalización de la oferta educativa, el fracaso escolar (que es fracaso sociofamiliar) alcanza al 31% de los alumnos de la enseñanza obligatoria.⁵

Según datos del informe «La salud laboral docente en la enseñanza pública», presentado en mayo por CC OO, el 80% de los profesores dice tener problemas psicológicos derivados de su actividad profesional: «hace muy poco estábamos preocupados por qué hacer para que nuestros alumnos aprendieran algo más. Ahora lo que nos preocupa es poder mantenerlos sentados en las sillas».

A esto se llega porque, para saber competir en el juego del mercado, la economía del saber o del conocimiento valora un sólo conocimiento: el mercantil. La sociedad ha dejado de comunicar otros valores que los bursátiles. Lo mismo la familia: abandonando a los jóvenes a sí mismos (es decir, a sus posesiones materiales), la educación no les ofrece nada, pues la escuela sólo ayuda a quienes se supone que van a vencer en el mercado laboral, y para los otros es inútil cuanto les enseñen, porque nunca lo usarán; los alumnos aprenden ciencias y técnicas que nunca podrán aplicar, y no reciben ninguna preparación para la vida. Para ellos, para los alumnos que no lleguen a las relaciones laborales, la educación es pura mitología, porque carecen de las menores posibilidades de referir lo aprendido a su vida cotidiana, una mitología fría y sin contacto con la cotidianidad.

Es verdad que en algunas escuelas, e incluso en muchas, se hacen todavía exhortaciones moralizantes, aunque en direcciones muy distintas, pero en general todas ellas poco efectivas, porque carecen de un ethos práctico, real, enraizado en la existencia.

También es verdad que todos los fundamentalismos contribuyen a mantener a las masas en una cierta tensión ética, son un fenómeno de orden y estabilidad con los que ciertos sectores o grupos procuran defenderse de la desmedulación ética, pero no está claro que los funda-

CRISIS DE LA FAMILIA

mentalismos puedan servir a su vez para una vida no meramente reactiva.

5. La familia en crisis, pero no tanto

5.1. El síndrome de Peter Pan

A pesar de todo, el ecosistema humano de los jóvenes es lo dado. Ellos están bastante contentos con el trabajo los que trabajan, con los estudios los que estudian, con su familia, y la gran mayoría razonablemente satisfechos con la vida en general. Se les ha acostumbrado a ser gestores de lo existente dado, de lo que quieren más, sin que lo quieran de otro modo.

Lo suyo es la ocupación del espacio del tener y del estar (en el móvil), de llegar a ser lo que son, no de realizar el proyecto de llegar a ser quienes pueden llegar a ser, el ethos humano; por eso quieren derechos y huyen de un deber que sólo entiende extrínsecamente, y no como quehacer existencial.

Todo esto ocurre mientras las 4/5 partes de la población mundial se enfrentan a problemas de pobreza, y sin olvidar que en el año 2025 Europa, continente envejecido, no representará más que el 6,5% de la población mundial.

Sin embargo, el modelo hogareño se mantiene como proyecto utópico de felicidad, lo cual demuestra que el ser humano es animal sociable, más que animal matrimoniable, y de momento cada vez menos matrimoniable. Pero el fracaso inicial, lejos de desalentar, se traduce en nuevo ensayo de unión; incluso abriendo caminos hasta hoy inéditos, cuando los habituales no funcionan. Dicho de otro modo, este animal sociable más que matrimoniable sigue buscando formas de convivencia, porque es un ser en vías de evolución permanente, haciéndonos recordar que también la familia ha evolucionado desde la horda primitiva pasando por la tribu, el clan, la poliginia, la monogamia inestable y la estable.

Y, aunque la familia ya no es la célula básica de la sociedad tan intensamente como ayer lo fuera, sigue siendo de todos modos el espacio primordial de atención y adaptación donde se adquiere el gusto por vivir en un clima de afecto y de confianza (último reducto de calor en un mundo cada vez más helado cuanto más rico, bajo el modelo del Demiurgo burocrático), se descubren a los otros, se lleva a cabo la socialización primera, se proporciona un equipaje básico para viajar por la vida.

De hecho, los jóvenes no salen de casa, conforme al célebre síndrome de Peter Pan: ¿para qué, si tienen la cena en casa, y echan el polvo fuera?

Por otra parte, ¿dónde irían, si fuera de casa no hay nada, mientras que la casa lo es todo? En efecto, no está

la sociedad adulta por un lado y la juventud por otro, no son dos culturas diferentes. No existe una cultura específicamente juvenil, aunque esa juventud no es uniforme (antiinstitucional, comprometida, retraída social, institucional, libredisfrutadora).

A pesar de todo la institución familiar dista de estar en crisis, o al menos ésta no es como se la había vaticinado. La carencia de trabajo por un lado lleva a los jóvenes a permanecer en el hogar hasta los treinta años o más, pues no pueden independizarse económicamente; por otro lado la permisividad anómica disminuye el nivel de tensión interior en las familias porque cada cual va a su bola sin que nadie lo censure demasiado. Y, además de eso, la eterna fuerza del cariño biológico.

Por todo ello la familia goza de cierta salud a pesar de la fragilidad axiológica creciente y de la inestabilidad de las *parejas*, palabra por otra parte nada inocente (y desde luego poco estética: «parejas» como la guardia civil o como los monos) usada para legalizar situaciones de convivencia jurídica difícil o irregular.

Pues bien, incluso contando con todo ello, ¿qué sería de esta sociedad de fin de siglo parada/paralizada sin ese hombro arrimado y esa mano abierta que es la familia, refugio de tantos males?

5.2. Aprender todos: padre-adulto-niño

¡Qué hermoso poder aprender todos de todos, sin jactancia, sin tensión, en familia! En la familia no sólo hay padres, adultos y niños, es que cada uno de nosotros lleva en su interior un padre, un adulto y un niño como nos ha enseñado Eric Berne y su análisis transaccional. Sólo descubriendo al padre, al adulto y al niño que llevamos dentro podremos dar la palabra a los otros sin olvidar que las preguntas de un niño enseñan mucho, las razones de un adulto pesan mucho, y los silencios de un padre indican mucho.

¿Quién lleva razón en la familia? ¡Quién la lleve! Todos llevan razón y todos la pierden si todos son uno y actúan de consuno. Compartir la autoridad, aprender a exigir y aprender a perdonar, hablar, leer en común, todo eso en torno a una mesa cada día, o a la caída de la tarde, un rato de palabra y de silencio, todo eso hace familia...

Notas

1. *El Mundo*, 29/11/99.
2. *El Mundo*, 16/11/99.
3. Mt. 16, 25-28.
4. Cfr. *Jóvenes españoles 99*, Fundación Santa María, Madrid, 1999, p. 48.
5. Cfr. Sáez, F.: «Salvados por la campana», *El Mundo*, 25/6/00.